

# **ATERRIZANDO EN LA INSPECCIÓN EDUCATIVA**

Aunque pudiese parecer cómico el título que encabeza estas líneas mi intención no pretende ser frívola, sino seria y respetuosa. Sí quería, en cualquier caso, intentar plasmar brevemente cuáles han sido mis impresiones iniciales en este nuevo oficio.

A punto de cumplirse tres meses desde mi incorporación al Servicio de Inspección quisiera comentar, en primer lugar, que el salto de la teoría a la praxis es interesante y complejo. En un contexto altamente estructurado, donde el grado de responsabilidad es muy alto y la vorágine de acontecimientos y demandas no deja demasiado tiempo para la tregua, ejercer las funciones que a uno se le encomiendan supone una experiencia de aprendizaje difícilmente comparable a la de otros cometidos desempeñados con anterioridad en el escenario del sistema educativo.

Al hilo de lo anterior, quisiera constatar la enorme ayuda que me ha reportado la experiencia en las labores desempeñadas con anterioridad a este puesto -Jefatura de Estudios, Dirección y otros cometidos de índole similar- para que el “aterrizaje” no se produjese en términos traumáticos. Supervisar aspectos organizativos y pedagógicos que se conocen desde dentro y a fondo implica una enorme ventaja sobre la que no creo que sea necesario extenderse en demasía.

Ciertamente, el agrado, disponibilidad y ayuda de los compañeros del Servicio supone un elemento importante que sería injusto no valorar. En los primeros momentos, la “red de apoyos profesionales” –que podríamos denominar- ha supuesto una estructura de soporte que ha permitido encajar progresiva y paulatinamente las nuevas tareas que han tenido que ser asumidas.

Los Centros docentes (lo contrario sería ridículo e injusto), no tienen por qué padecer la hipotética inexperiencia, en algunos ámbitos, de todas aquellas personas que se incorporan al ejercicio de las funciones de Supervisión e Inspección educativa. Debido precisamente al respeto hacia todos los profesionales que trabajan en los Centros es por lo que tenía asumido el esfuerzo que había de acometer para evitar la existencia de lagunas en lo que respecta a la atención, ayuda y tareas que debían ser desarrolladas.

En este contexto, conciliar la teoría con la praxis se convierte en una necesidad más que en un lujo. Asesorar respecto a la existencia de dudas y problemas obliga a la difícil labor de generar respuestas adecuadas a preguntas que no siempre son simples o directas. Todo ello se “adereza” con la necesidad de trabajar en tiempo real, sin posibilidad de retrasar durante demasiado tiempo cualquier intervención que sea necesaria.

El equilibrio necesario entre las fases de documentación y de producción de resultados ha de lograrse intentando vadear las lagunas de tensión que, de manera inevitable e impredecible, se producen a lo largo de los días. El aprendizaje adquirido, en este contexto de trabajo real, poco o nada tiene que ver (por su riqueza) con el aprendido a través de otras fuentes. Con ello no quiero decir que la única y exclusiva fuente de aprendizaje sea la experiencia. En casi ningún oficio es así; menos en éste, en mi opinión.

Como decía con anterioridad, el equilibrio es aquí un norte que hay que buscar de manera continua. Se aprende cada día y a partir de cada actuación que se desarrolla. Pero se hace necesario reflexionar profundamente sobre esa experiencia cotidiana para integrarla con el necesario y profundo estudio del marco profesional (normativo, pedagógico y organizativo) en el que estamos inmersos. El trabajo en equipo representa, asimismo, un importante elemento de aprendizaje. Partiendo de la base de que “cuatro ojos ven más que dos”, la reflexión compartida enriquece y mejora la visión unívoca que uno pudiera tener de la realidad.

Los retos profesionales que ofrece este oficio a cada paso que se da suponen, adicionalmente, otra fuente de satisfacción. Podría decir que se aprende cada día un poco más; con cada nueva tarea encomendada. Se reflexiona y actúa sobre elementos reales, con la responsabilidad y riqueza que esto conlleva.

Y, finalmente, se aprecia la importancia de la labor desempeñada, con la consiguiente satisfacción que minimiza, sin lugar a dudas, los desvelos y esfuerzos que han sido necesarios para poder actuar de manera eficaz y profesional.

**Juan Antonio Bellido Cala**